
1

BILBAO

Los peces y los árboles se parecen.

Se parecen en los anillos. Si hiciéramos un corte horizontal a un árbol veríamos sus anillos en el tronco. Un anillo por cada año transcurrido, es así como se sabe la edad del árbol. Los peces también tienen anillos pero en las escamas. Y al igual que sucede con los árboles, gracias a ellos sabemos cuántos años tiene el animal.

Los peces nunca dejan de crecer. Nosotros no, nosotros menguamos a partir de la madurez. Nuestro crecimiento se detiene, y los huesos comienzan a juntarse. El cuerpo se encoge. Los peces, sin embargo, crecen hasta que se mueren. Más rápido cuando son jóvenes y, a partir de cierta edad, más lentamente, pero sin dejar nunca de crecer. Y por eso tienen anillos en las escamas.

El anillo de los peces lo crea el invierno. El invierno es el tiempo durante el cual el pez come menos, y el hambre deja una marca oscura en sus escamas porque su crecimiento es menor durante esta época. Al contrario que

en verano. Cuando los peces no pasan hambre, no queda ningún rastro en sus escamas.

El anillo de los peces es microscópico, no se ve a primera vista, pero ahí está. Como si fuera una herida. Una herida que no ha cerrado bien.

Y como los anillos de los peces, los momentos más difíciles van marcando nuestras vidas, hasta convertirse en medida de nuestro tiempo. Los días felices, al contrario, pasan deprisa, demasiado deprisa, y enseguida se desvanecen.

Lo que para los peces es el invierno, para las personas es la pérdida. Las pérdidas delimitan nuestro tiempo; el final de una relación, la muerte de un ser querido.

Cada pérdida es un anillo oscuro en nuestro interior.

El día que le dijeron que le quedaban pocos meses de vida, mi abuelo no quiso volver a casa. Fue mi madre, su joven nuera, quien lo acompañó a la consulta aquel día. El abuelo escuchó con serenidad lo que contaba el médico. Lo escuchó todo sin decir palabra. A continuación, le dio la mano y se despidió educadamente.

Al salir de la consulta, mi madre no sabía qué decir. Después de un largo silencio, le preguntó al abuelo si se dirigían a la estación. Él respondió que no.

«No vamos a volver todavía. Pasaremos el día en Bilbao. Quiero enseñarte una cosa», le dijo, e intentó sonreír.

El abuelo llevó a mi madre al Museo de Bellas Artes de Bilbao. Mi madre nunca olvidaría aquel día; cómo la misma tarde que le anunciaron que se iba a morir, el abuelo la llevó a un museo. Cómo trató, en vano, de que la belleza se mantuviera por encima de la muerte. Cómo

se esforzó para que mi madre guardara otro recuerdo de aquel día tan desgraciado. Mi madre siempre recordaría aquel gesto del abuelo.

Era la primera vez que entraba en un museo.

Cuarenta y cinco años más tarde, era yo el que entraba al museo. Necesitaba información sobre un cuadro. Seguía el rastro de una obra del pintor Aurelio Arteta como quien se fía de una pista medio borrada, de un modo absolutamente intuitivo. Pero una voz interior me revelaba que ese cuadro era importante, que sería una pieza fundamental en la novela que estaba escribiendo.

El cuadro era en realidad un mural, en su origen pintado en el chalet de Ondarroa donde veraneaba el arquitecto Ricardo Bastida. Arteta lo pintó en el salón de la casa durante el verano de 1922. En la década de los sesenta, sin embargo, a los pocos años de morir Bastida, la familia vendió el chalet que posteriormente se derribó para construir pisos. Pero afortunadamente el mural se salvó. La obra de Arteta fue extraída de la pared y llevada al museo de Bilbao. Desde entonces se puede contemplar en una de las salas del primer piso.

José Julián Bakedano, uno de los responsables del museo, me enseñó el mural. En su momento ocupaba tres de las paredes del salón del chalet de Bastida. La cuarta era la galería barco, desde donde se veía el mar. En el museo, sin embargo, lo habían colocado como si fuera un tríptico. En el centro, se escenifica una romería de pueblo, y en los laterales figuran los otros dos fragmentos. En uno de ellos se muestra a una mujer de la época que parece una Venus del Renacimiento. En el otro, a una pareja joven hablando bajo un árbol.

A primera vista llaman la atención los colores del mural. Arteta utiliza unos colores muy vivos para retratar a los mozos que van en romería: verdes, azules, morados. Nunca antes se habían utilizado de este modo.

«Al principio, algunos críticos no vieron con buenos ojos la obra de Arteta. Decían, burlándose, que utilizaba gafas de colores para pintar», me comentó Bakedano. «A Arteta se le notaban los años que había estado estudiando en París. Vivió en Montmartre y allí se enamoró de los trabajos de Toulouse-Lautrec y de Cézanne. Pero no quiso nunca romper completamente con la tradición. Por eso, sus cuadros me recuerdan a las viejas tabernas pintadas con colores muy vivos, son modernos pero no han perdido el encanto.»

En el mural se representan dos mundos, y los dos están unidos. Por una parte se halla el mundo rural, y por la otra el mundo urbano. Las mozas del caserío visten de una manera tradicional. La falda les llega hasta el tobillo, llevan pañuelo en la cabeza y sus vestidos no lucen escote. Por el contrario, las chicas de ciudad tienen otro aire. Sus vestidos son ligeros, la brisa los mueve. Las faldas, más cortas, dejan las rodillas al descubierto y los escotes asoman también muy amplios. Además, llevan collares. Al lado de las aldeanas, las mujeres de la ciudad resultan más atractivas, como si trataran de cortejar al espectador. En la pintura es muy clara la influencia del Art Decó; irradia el optimismo de los años veinte.

«Este cuadro muestra el paso del mundo antiguo al nuevo, y el contraste entre las mozas del caserío y las de ciudad hace más patente el erotismo de las segundas», explicó Bakedano.

En realidad, el mural de la casa de Bastida no era sino un ensayo. Aurelio Arteta no dominaba por completo la

técnica del mural y el arquitecto le dejó las paredes del salón de su casa para que hiciera pruebas. El verdadero reto llegaría un año más tarde. Ricardo Bastida había diseñado la futura sede del Banco de Bilbao en Madrid. El edificio de la calle Alcalá se convertiría en su obra más importante hasta el momento. La nueva sede debía ser símbolo, no sólo del banco, sino también de la ciudad de Bilbao. Emblema de fortaleza y modernidad. Aquel trabajo consolidaría las carreras de Bastida y de Arteta, y los haría conocidos fuera del País Vasco.

Bastida quería que Aurelio Arteta pintara los murales del hall del banco. Se conocían desde pequeños y las vidas de ambos habían discurrido paralelas. Para la sala circular de entrada al banco, Arteta se proponía pintar una alegoría de Bilbao. Aparecerían los estibadores del puerto, los trabajadores de los altos hornos, la gente del campo, las vendedoras de pescado, etcétera. La labor era inmensa, más de diez murales, y además sobre una superficie irregular.

Arteta aceptó el encargo pero antes debía adiestrarse. Era muy exigente consigo mismo, le costaba mucho dar un trabajo por finalizado. En una ocasión, al cabo de unos años, en su exilio mexicano, un comprador intentó mirar un cuadro que se hallaba tapado por una tela y que aún no estaba terminado. Cuando Arteta se dio cuenta, encolerizado, hirió en la cara al curioso con una espátula. Era la única cosa que le sacaba de quicio.

Perfeccionista hasta extremos insospechados, Arteta cuidaba cada detalle. Sin embargo, a la hora de firmar las obras el pintor no ponía gran cuidado y muchas veces se quedaban sin firmar, como si eso no le importara. En cuestiones de dinero también era muy despreocupado. Pero cuando pintaba lo hacía en cuerpo y alma. Y para hacer el

mural de Ondarroa incluso se hizo traer el agua de Madrid, para que la densidad fuera la misma que la de las pinturas que más tarde realizaría. Eligió los mejores materiales. La arena tenía que ser polvo fino del mármol de Markina.

Yo había oído hablar mucho sobre Arteta, y de su forma de ser. En vida fue un pintor muy querido. Estaba bien considerado tanto por los conservadores como por los nacionalistas y los socialistas. «Quizás su timidez tenía algo que ver con todo esto», me aclaró Bakedano.

Me habían contado cómo escapó a México durante la guerra. Tras el bombardeo de Gernika, el gobierno legítimo le encargó que pintara un cuadro emblemático. Se trataba de mostrar al mundo lo que había ocurrido allí, la masacre que habían cometido los nazis. Iba a ser la oportunidad de su vida. Aun así, Arteta declinó el encargo. Argujó que estaba cansado de la guerra, que lo que él quería era exiliarse y reunirse con su familia en México. Al final, el encargo recayó en Pablo Picasso. Lo que vino después es de todos conocido. Pintar el cuadro sobre Gernika hubiera sido un salto definitivo en la carrera de Arteta, pero no lo aceptó. Por delante del arte, eligió su vida. Prefirió reunirse con su familia a ser recordado en la posteridad.

A muchos les parecerá que la elección de Arteta fue un error. Cómo pudo perder la oportunidad de su vida, y todo por una decisión absolutamente circunstancial. Cómo pudo anteponer el amor por su familia a la creación artística. Es más, habrá quienes no le perdonen eso jamás, y piensen que el creador se debe a su obra antes que nada.

En más de una ocasión me he preguntado qué habría hecho yo en la situación de Arteta, cuál habría sido mi elección. No sabría decirlo, para ello hay que haber vivido ese mismo momento. Y, sin embargo, esas son las encru-

cijadas a las que se enfrenta el artista. La vida personal o la creación. Arteta eligió la primera opción; Picasso, en cambio, la segunda.

José Julián Bakedano debía volver a su despacho, pero antes me facilitó la documentación que el museo disponía sobre el mural de Arteta, donde se recogía el modo en el que los técnicos extrajeron el mural de la casa de Bastida.

Además me dio un consejo. «La persona que más sabe sobre el mural es Carmen Bastida, hija del arquitecto. Lo mejor sería que te pusieras en contacto con ella.» Me dio un post-it con su número de teléfono. «Dile que llamas de mi parte», añadió, antes de volver a su despacho.

Yo todavía me quedé un rato mirando el mural. Me atraía especialmente el optimismo que irradiaba la escena, la energía que transmitían los trazos de Arteta. En aquel verano de 1922, Arteta y Bastida habían depositado grandes esperanzas en sus trabajos. No temían al futuro. Esa fuerza me fascinaba. No se imaginaban lo que sucedería poco después.

No sé mucho sobre mi abuelo, Liborio Uribe. Para cuando yo nací, él ya había muerto y mi padre no nos contaba gran cosa de él. A mi padre no le gustaba hablar del pasado. Como buen marino, prefería mirar al futuro. De la familia de mi madre, sin embargo, conocemos miles de historias. Pero de la de mi padre, muy pocas. Quizás por eso mi abuelo paterno suscitaba en mí esa curiosidad.

Entre las pocas cosas que contaba mi padre, había un recuerdo de su infancia y de los días de verano. Le había oído contar que de pequeño se pasaba todo el día en la playa, en las casetas que el abuelo tenía para los veranean-

tes. Ayudaba a sus padres en todo tipo de tareas; llevaba agua en palanganas a los bañistas, les ayudaba a limpiarse, a quitarse la arena de los pies, y tendía sus bañadores para que se secaran. Me lo imagino haciendo su trabajo muy callado, llevando el agua y recogiendo las ropas, y mientras tanto escuchando muy atento las cosas que decían los veraneantes.

«Me acuerdo perfectamente de tu padre, era muy guapo y muy trabajador», me dijo Carmen Bastida cuando la visité en su casa de Bilbao. «Aquéllos fueron los mejores años de mi vida. Para mí la vida era muy fácil, entonces yo no tenía ninguna preocupación.»

La familia Bastida tenía tres casetas en la playa. Estaban colocadas en la parte alta del arenal, junto a las rocas. Al lado se hallaba la parcela de los que hacían nudismo terapéutico, ocultos tras una tela larga y oscura. Unas fotografías en blanco y negro recogen aquellos días de playa. Carmen nos enseñaba cada foto y trataba de explicarnos quién era cada una de las personas que aparecían en ellas. Como decía la hija del arquitecto, en las casetas de los Bastida se juntaban pintores, músicos, arquitectos y hasta astrónomos. La mayoría venían de Bilbao y Madrid. «Yo al que más quería, sin embargo, era a un hombre del pueblo, Liborio. Era el que nos contaba historias.»

Mi abuelo tenía otros negocios además del de las casetas de la playa. También tenía una pequeña embarcación para salir a pescar. Se llamaba *Dos amigos*. Siempre me ha llamado la atención ese nombre: «Dos amigos.» ¿Por qué le pondría el abuelo ese nombre? ¿De dónde lo habría sacado? Y, si el abuelo era uno de esos amigos, ¿quién sería el otro?

Quería encontrar a ese otro, saber por qué se había borrado su rastro. Quizás el abuelo se había enfadado con

aquel amigo. Hacía unos años había tratado de encontrar pistas que respondieran a esas preguntas. Sentía que tras ese *Dos amigos* había una novela, una novela sobre ese mundo del mar a punto de desaparecer. Pero ése no fue más que el proyecto inicial. El trabajo de recopilación de datos para la novela me ha llevado por otros derroteros y, de paso, me he encontrado con muchas sorpresas.

Para saber la edad de los peces hay que contar los anillos de sus escamas, y añadir siempre un año más. Porque los peces no tienen escamas cuando son sólo larvas. En el caso de las anguilas hay que sumar cuatro años más. Porque las anguilas son larvas durante cuatro años.

El tiempo que las pequeñas angulas necesitan para cruzar el Atlántico. Los cuatro años que dura su odisea desde el mar de los Sargazos hasta el Golfo de Vizcaya.

Al avión en el que viajo le bastan siete horas para cubrir la misma distancia. Hoy vuelo a Nueva York desde el aeropuerto de Bilbao.

UN CAFÉ EN EL AEROPUERTO

He llegado desde Ondarroa al aeropuerto antes de lo que pensaba.

El cielo está completamente azul en Bilbao. El viento sur ha templado bastante la temperatura, teniendo en cuenta que estamos en noviembre. El otoño es la época del viento sur en esta tierra. Este otoño del 2008 he cumplido treinta y ocho años, el mismo otoño en el que Obama acaba de ganar a McCain en su carrera hacia la presidencia.

Vuelo a Nueva York vía Frankfurt.

Cuando me he acercado al mostrador de Lufthansa para facturar mi equipaje me he dado cuenta de que alrededor había bastante bullicio. Eran los jugadores del Athletic de Bilbao a punto de embarcar en el avión, rodeados por cámaras y periodistas. Los jugadores respondían con optimismo a las preguntas que les estaban haciendo. Pero era un optimismo que parecía fingido, un optimismo en el que no creían.

El optimismo también puede hacer daño.

Tan pronto como he facturado la maleta he huido hacia la cafetería. La luz del mediodía inundaba el lugar. Los rayos de sol entraban a través de los altos ventanales. Al trasluz se apreciaban minúsculas partículas flotando en un haz dorado. Las servilletas de papel cubrían el suelo de la cafetería y en las mesas se amontonaban tazas y vasos de anteriores clientes.

«Lo que es ser famoso», ha comentado en alto un joven que aguardaba su turno en la barra junto a mí. «A los futbolistas los despiden cada semana entre flashes y cámaras y a mi padre, que se va seis meses a Chile a pescar, seguro que no lo sacan ni en un periódico. Seis meses pasa seguidos en alta mar, y dos en casa.»

Un marino que sale a faenar sin barco y en avión, he pensado. Los muelles de antaño se han convertido en aeropuertos hoy en día.

«Mi padre también era marino», le he contado yo. «Trabajó en el Mar del Norte, en la zona de Rockall.»

Al joven se le ha iluminado la cara.

«Entonces quizás mi padre lo conozca...», me ha respondido antes de coger sus vasos y dirigirse hacia su mesa.

Esto es lo que dice Wikipedia en su entrada sobre la isla de Rockall:

Rockall

Pequeña isla rocosa del Océano Atlántico Norte. La roca es una parte de un volcán desaparecido y sus coordenadas son 57° 35' 48" N, 13° 41' 19" W. Se halla a 301,4 kilómetros al oeste de la isla deshabitada de

St. Kilda de Escocia y dista 368,7 kilómetros del pequeño pueblo de Hogha Gearraidh en la isla de North Uist. 424 kilómetros al noroeste está Donegal en la República de Irlanda. La roca tiene 25 metros de diámetro y alcanza una altura de 22 metros sobre el nivel del mar. Los únicos habitantes permanentes de la roca son los caracolillos de mar y otros moluscos. La roca es utilizada en verano por aves marítimas como las gaviotas, los araos y los alcatraces para descansar.

Es imposible vivir allí. No hay fuentes de agua natural.

«Es imposible vivir aquí», debió de pensar mi bisabuela, María Gabina Badiola, sobre su pueblo, Ondarroa. Al menos, así me lo contó una vez Maritxu, la tía de mi padre en Bilbao.

Maritxu es la hermana más joven de mi abuela Ana. Cuando, en la primavera del 2005, volví a retomar por enésima vez el proyecto de la novela, fue a ella a quien hice la primera entrevista. Maritxu es, de la generación de Liborio y Ana, el único miembro de la familia que aún vive. Los abuelos ya murieron, lo mismo los paternos que los maternos.

Fui a visitarla y pude escuchar historias que no había oído antes, historias que mi padre nunca nos había contado. No recuerdo muy bien los nombres ni las fechas, pero me di cuenta de que la historia de la familia de mi padre es de idas y vueltas, de huidas y retornos. Y detrás siempre esa vinculación con el mar, la mayoría de las veces trágica y también, necesariamente, cómica.

Maritxu vive en Bilbao, en el barrio de Begoña. Su madre, cuando enviudó, cogió a sus hijos y se marchó a

la ciudad con ellos. No quería más marineros. El mar le devolvió muerto a su marido, y a su padre y a su hermano también se los tragaron las aguas. Desde la atalaya del pueblo pudo ver cómo se hundía en la mismísima bahía el velero *San Marcos*, y cómo se ahogaba su padre, Canuto Badiola, y su hermano, Ignacio. El cuerpo de Canuto no lo encontraron nunca.

Estaban tan cerca y no podían hacer nada. Arteta pintaría una escena parecida algunos años más tarde, en el cuadro titulado *La galerna*.

Se fueron a Bilbao y le dieron la espalda al mar. La madre y todos los hijos empezaron a trabajar en la fundición Echevarría, «haciendo clavos y herraduras, miles de clavos y de herraduras».

Maritxu me contó historias que yo no sabía. Por ejemplo, la de los dos hermanos de Mutriku que emigraron a Argentina. Uno de los hermanos quedó ciego a consecuencia de un accidente y quiso volver a su tierra. El hermano lo acompañó en el viaje de vuelta. Embarcaron en Buenos Aires, cruzaron el Atlántico y finalmente tomaron un tren para volver a casa. Así llegaron hasta Deba, a la estación que se encuentra a tan sólo cuatro kilómetros de su pueblo natal, Mutriku. Entonces el hermano sano se despidió allí mismo de su hermano ciego y emprendió el camino de regreso a Argentina. Después de un largo viaje de miles de kilómetros, se subió seguido al tren para cruzar de nuevo el océano. Estaba a cuatro kilómetros de su pueblo y no quiso ver a los suyos. Dejó a su hermano allí, ciego y solo. Al final unas monjas se hicieron cargo de él y lo condujeron a su casa.

Maritxu hablaba un euskera de pueblo, y lo hablaba igual que hace ochenta años. A ratos se pasaba al castellano, como consecuencia de los años vividos en Bilbao.

También me contó que la hermana de esos dos hermanos, Josefa Ramona Epelde, se casó con Isidro Odriozola, el carpintero. Debió de ser un hombre muy elegante el carpintero, de esos que van vestidos de punta en blanco. Él era un guipuzcoano de Azpeitia que había ido a trabajar a los astilleros de Ondarroa. Sin embargo, la mujer la buscó en Mutriku. No quería casarse con una vizcaína y por eso cruzó el límite entre las dos provincias, para casarse en Mutriku, el primer pueblo de Guipúzcoa.

Cuando se les casó el hijo, de nombre José Francisco, Isidro les regaló a los novios todos los muebles de la casa. Los había hecho con sus propias manos, utilizando restos de barcos. A José Francisco Odriozola le llamaban Tubal en el pueblo. Y él sería el padre de la abuela Ana y de Maritxu. Le apodaban Tubal porque tenía un barco con el mismo nombre. Maritxu decía que el bisabuelo le puso al barco *Tubal* porque le gustaba mucho un libro con ese título. Y que lo leía cada noche.

Tubal, según la Biblia, era el nieto de Noé y le tocó en suerte estar en la torre de Babel. Esteban Garibai, en *Los cuarenta libros del compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España* explica que el euskera era uno de los setenta y dos idiomas surgidos en la torre de Babel y narra cómo Tubal empezó a hablar precisamente ese idioma.

El euskera. Tubal llegó a la península Ibérica y ahí se quedó a vivir. Esto ocurrió ciento cuarenta y dos años después del gran diluvio, en el año 2163 a.C., siempre de acuerdo a lo que se dice en el libro de Garibai.

Tubal Odriozola era un hombre emprendedor. Hizo tratos con un hombre de negocios llamado Otxagabia para construir un barco. Era un trato de los de antes, de palabra, sin papeles. Otxagabia pondría el dinero y Tubal

el trabajo. El barco sería de los dos pero mientras uno se quedaba en tierra el otro trabajaría en el mar, de patrón de barco. De esta manera pagaría la deuda.

Tubal prosperó y dio también sus pasos en política. Lo nombraron presidente de la cofradía de San Pedro. Hizo amistades en Bilbao. Fue entonces cuando conoció al dueño de la fundición Echevarría.

Aquéllos fueron los años más felices para Maritxu. En casa no faltaba de nada. Los últimos años de Tubal, en cambio, fueron duros. Otxagabia no cumplió su palabra y Tubal se quedó sin barco. Acudió cientos de veces al juzgado de Burgos a que le dieran la razón. En vano. Sus últimos años tuvo que trabajar de marinero. Aquejado de una infección en la boca, lo trajeron muerto del mar.

Maritxu recuerda la última vez que vio a su padre. Él se fijó en su hija desde lejos y le hizo un gesto con las manos: puso una encima de la otra y se la acarició. Maritxu me hizo a mí el mismo gesto, y con la palma de una mano acarició con suavidad el dorso de la otra. «Esto quiere decir *maite-maite*», me explicó mi tía con sus palabras de hace ochenta años.

Yo no conocía aquel gesto, debía de haberse perdido hacía tiempo.

Maritxu no me contó gran cosa de la abuela Ana. Dijo que era muy trabajadora y que eso la mató, que su cuerpo enfermó de puro cansancio. «Tenía que haberse quedado en Bilbao sin volver al pueblo.» Pero se enamoró de un marinero de nombre Liborio y volvió a Ondarroa para casarse, dejando a su madre y a sus hermanos en Bilbao.

«Tu pobre abuela sufrió mucho. Durante la guerra tuvo que estar un año ella sola, sin su marido. Acogió en su casa a un oficial partidario de Franco, Javier, pero tam-

bién a una mujer cuya madre estaba presa en la cárcel de mujeres de Saturrarán.»

Yo fruncí el ceño.

«Sí, ya sé que suena raro que en tiempos de guerra tuviera a gente de los dos bandos en casa. Pero una cosa son las ideas y otra el corazón.»

Una cosa son las ideas y otra el corazón. He recordado las palabras de Maritxu cuando han anunciado mi vuelo. He pasado junto a la mesa donde estaban el pescador que iba a Chile y su familia. No me han saludado. En el control de seguridad he puesto en la bandeja el ordenador, la cazadora y el cinturón. He pasado bajo el arco detector de metales. No ha pitado.

He recogido mis cosas y he mirado hacia atrás. La gente en fila a la espera del control de seguridad. No he visto a ningún conocido. Me ha venido a la mente el gesto de manos de Maritxu. El gesto que le hizo su padre la última vez. Aquél era un gesto de ellos dos, su secreto. El último.

Y he querido hacerle ese gesto a alguien desde lejos; poner una mano sobre la otra, acariciarla y decir, en silencio, «maite-maite», te quiero, te quiero.